

El miedo a España

La Europa de Maastricht como alternativa

por **Manolo Monereo Pérez**

A la memoria de Julio Anguita.
Construyó hipótesis, definió proyectos y luchó con pasión.
Era mi amigo.

0. Propósito

Visto en perspectiva, asombra la importancia del debate sobre Maastricht en Izquierda Unida y, más allá, en la izquierda española. Se daba en un giro de época y en el final de un ciclo histórico. Hoy los sabemos con precisión: el agotamiento del impulso del movimiento obrero organizado en torno a un proyecto alternativo de sociedad y Estado, comprometido con la emancipación social y con el socialismo. Como suele ocurrir, había muchos debates en el debate y se entrecruzaban problemas coyunturales con otros más de fondo. Para una parte de los intervinientes, se trataba de una huida, de alejarse del comunismo cuando este entraba en una crisis final. La consigna era simple: disolver el PCE, convertir a IU en partido político y solicitar nuestro ingreso como observadores en la Internacional Socialista. El PCI era el partido guía, marcaba el camino. En este contexto se dio el debate sobre Maastricht.

La posición mayoritaria, defendida por Julio Anguita, aglutinaba a un grupo heterogéneo, en el que también se mezclaban muchos debates. El fiasco de Maastricht nos situó ante problemas difíciles de resolver, que exigían tiempo, análisis de fondo y decisiones meditadas. La política te impone escenarios, plazos; había que definirse. Sabíamos que la cuestión era estratégica, que había que empezar por lo más acuciante y continuar profundizando de cara a un futuro que obligaba a rupturas históricas inevitables. Desde el primer momento tuvimos conciencia de lo que estaba en juego: aceptar Maastricht significaba poner en peligro nuestro débil Estado social, hacer las políticas neoliberales obligatorias para nosotros y dificultar seria-

mente el reformismo político en cualquiera de sus acepciones.

Lo que vino después es conocido: Julio Anguita fue sometido a un ataque brutal, usando a fondo las “cloacas” del Estado y los medios cercanos al poder, encabezados por el grupo Prisa. Las descalificaciones se mezclaban con los insultos y los desprecios, las mentiras; se fueron convirtiendo en sentido común para mucha gente y los que mandan consiguieron frenar un proyecto en ascenso, dividirlo y derrotarlo. Maastricht no fue el único debate, pero fue el más importante. Estas reflexiones tienen que ver con el legado de Anguita. Nuestra obligación es ir con él y más allá.

1. Introducción: la venganza de la historia

Estamos transitando de una “crisis de Régimen” a una “crisis en el Régimen”. Como se ha venido advirtiendo desde el principio, el dilema no era entre el Régimen del 78 y la ruptura democrática. El contrato social había sido roto por los poderes económicos dominantes con la colaboración del PSOE y, sobre todo, del PP. Si queríamos conservar las libertades y derechos conquistados, deberíamos ir hacia un nuevo proceso de cambio democrático activando el poder constituyente originario del pueblo. Que los procesos políticos se bloqueen y se impidan tiene consecuencias, se pudren e involucionan. En eso estamos. De nuevo se habla de “estrategias de tensión”, de operaciones “tipo Bolsonaro” y de escenarios que recuerdan el del 23F. La pandemia está actuando como acelerador de un proceso que, de una u otra forma, ya estaba ahí.

No se trata aquí de hacer un análisis académico sobre lo que significa realmente una “crisis en el Régimen”. Lo decisivo, a mi juicio, es entender que ahora la iniciativa está en las fuerzas del sistema y en los poderes fácticos. Superada la etapa de movili-



zación popular y cuestionamiento de las políticas dominantes que había significado el 15M, pretenden ahora ir hacia un tipo de Régimen más autoritario, que minimice nuestro débil Estado social, que debilite los derechos sociales y que recorte sustancialmente las libertades. La señal inequívoca de esta crisis en el régimen está en la autonomización de los aparatos del Estado y el surgimiento en ellos de sectores que toman la iniciativa y se preparan para un combate frontal. Todo esto tiene una fecha de inicio: el discurso del Rey el 3 de octubre de 2017, que no era complementario, y así fue percibido, del que transmitía el gobierno de Mariano Rajoy, sino alternativo.

El escenario político está mutando y aparecen los viejos fantasmas de una Transición que nunca termina y que en cada momento nos pone delante de los ojos los límites que no se pueden superar y la necesidad de aceptar las reglas de unos poderes que ya no ocultan sus pretensiones. La pregunta: ¿cómo es posible una oposición tan radical, tan extrema ante un gobierno tan moderado como este? No hablo de la propaganda ni las descalificaciones partidistas. Intento comprender cómo los grandes medios de comunicación, los poderes económicos y empresariales, los grandes grupos financieros ejercen una oposición de este tipo y usan, sin ningún tipo de precaución, a las tres derechas como instrumento de acoso y presión.

La autonomía de lo político existe y tiene que ver con el

poder. Muchos argumentarán que los grandes intereses económicos no son cuestionados y que las medidas que se pretenden tomar se quieren hacer con el consenso más amplio posible, incluida la patronal y los grandes poderes económicos. Se podría añadir que, hoy por hoy, la movilización social es problemática y que solo la intenta Vox y sus amigos de la derecha extrema. Si esto es así, si el gobierno no va a realizar políticas que vayan más allá de lo que ha hecho la socialdemocracia en Portugal o en Grecia, la pregunta sigue siendo necesaria.

Lo que se atisba son unos grupos de poder y élites políticas que consideran que ha llegado el momento, dada la debilidad de la izquierda social y política y el nuevo contexto internacional (específicamente el de la Unión Europea), de ir más allá de los consensos básicos de una transición que debe darse por terminada; eso sí, sin anular su discurso legitimador. Las tres derechas lo llevan practicando desde hace meses y hay que reconocer que les está saliendo razonablemente bien. Merece la pena subrayarlo: los poderes se preparan activamente para el enfrentamiento futuro, creando escenarios, anticipándose y sacando ventaja. El territorio lo fijará la Unión Europea. El objetivo: doblegar a Pedro Sánchez, obligarle a imponer políticas de ajuste pactadas con las instituciones europeas. El instrumento, la ruptura del gobierno y la salida de las y los ministros de Unidas Podemos.

Se habla en estos días de las alternativas para la reconstruc-

ción económica y social del país. De hecho, hay abierta una comisión parlamentaria dedicada a estos temas que se está convirtiendo –esto es inevitable– en un terreno de enfrentamiento entre el gobierno y la oposición. Parecería que hay dos proyectos –que se diferencian en el papel– que incluyen los servicios públicos esenciales, la ampliación del Estado social y el desarrollo de los derechos laborales, sindicales y económicos de los trabajadores. A mi juicio, esta conclusión es un error estratégico. La cuestión principal sería el papel que debería cumplir España, su estructura económico-productiva y social, en la nueva división del trabajo que se está configurando en la UE y que ahora se encubre con el llamado Programa Europeo de Reconstrucción. Para decirlo con más precisión, si se va o no a un nuevo modelo de desarrollo económico, social y ecológicamente sostenible. Esto significa aplicación sistemática de las nuevas tecnologías, reindustrialización, derechos sociales, salarios dignos y pleno empleo. Volveremos a esta cuestión.

2. La “fuga” de España: una estrategia recurrente

Antes me he referido a viejos fantasmas que retornan. Conviene detenerse en ello. La clase política que llegó al gobierno en 1982 (el PSOE, pero mucho más allá) incorporó una serie de claves que se han ido perpetuando a lo largo del tiempo. Lo podríamos resumir como “líneas rojas” sabidas y nunca explicitadas del todo, que no se pueden traspasar. Hablo de la monarquía; las reformas sustanciales de la Constitución como la “cuestión territorial”; la OTAN y el papel de las Fuerzas Armadas; nuestra pertenencia indiscutida e indiscutible a la UE. Estas líneas invocan, hay que decirlo con claridad, una realidad histórico-social, una “constitución material” en sentido estricto, que de cuestionarse, se haría inviable la democracia española. Nuestras libertades, nuestros derechos conquistados serían siempre provisionales, concesiones sujetas a un ejercicio “responsable” en el marco de lo tolerado por los poderes de hecho. La amenaza: la insurrección de las derechas económicas y políticas; estrategia de tensión y golpe de Estado.

La estabilidad de nuestra joven democracia dependía de la inserción en las estructuras del poder de Occidente hegemoneizadas por la Administración Norteamericana. Dicho de otra forma, el futuro del país exigía ser tutelados por potencias extranjeras, ceder soberanía para huir de una España que daba miedo. A menos soberanía, más “democracia”. La “fuga” de Es-

paña como estrategia a la espera que la Unión Europea avanzara hacia un Estado Federal. Los nacionalistas periféricos han defendido con coherencia este camino: la desintegración del Estado español en el marco de una unidad superior que nos llevaría a la Europa de regiones-pueblos. La reivindicación de la soberanía es siempre frente a España, nunca en contra de la de la Unión Europea. A más Europa menos España.

El discurso del Rey no era complementario del que transmitía el gobierno de Mariano Rajoy, sino alternativo.

El europeísmo de las derechas es singular. Nunca tuvieron dificultad para aceptar el papel dependiente y subordinado de España en la Europa alemana. Lo vieron como algo inevitable y necesario; porque su problema era

el mismo que el del PSOE: controlar el conflicto social, neutralizar el sindicalismo de clase, reducir el peso político del PCE e IU. El tratado de Maastricht, la Unión Económica y Monetaria, era la gran oportunidad para disciplinar a la economía, ponerle una camisa de fuerza al movimiento obrero y que fuese la UE quien tomara las decisiones económicas fundamentales. Ceder soberanía para tener más poder sobre las clases populares de su propio país.

La Unión Europea, digamos la verdad sin eufemismos, la Europa alemana, es el gran consenso del bloque de poder dominante en España. Su sesgo de clase es clarísimo. Los tres grandes actores de la vida política española, las derechas, los socialistas y los nacionalistas, están en lo que Miguel Herrero llamó el “síndrome de Vichy”, es decir, transferir a un tercero (la Alemania hitleriana) la capacidad de decidir un conflicto interno: “la esencia de Vichy no fue otra que la colaboración con el ocupante para que este hiciera el trabajo sucio que mucha derecha francesa (y también gran parte de la izquierda) deseaba haber hecho, pero no se atrevía acometer por sí misma”¹.

Los actores sociales, básicamente los sindicatos, siguen la misma o parecida estrategia que las fuerzas políticas dominantes. Eso sí, les queda la delicada tarea de “inventarse” periódicamente una “Europa social” siempre emergente. La paradoja es relevante: a más Europa, menos solidaridad de clase, menos convergencia social y menos peso del sindicalismo en todas partes. La gravedad del problema no es fácil de ocultar: el movimiento obrero organizado no ha sido capaz de organizar una huelga general de los trabajadores de la UE en un momento tan dramático como la crisis del 2008. Hoy languidece entre comisión y comisión, grupos de trabajo y reuniones periódicas en las instituciones. En la realidad de los conflictos y de las luchas, el internacionalismo es menor que en la etapa del pre-



dominio de los Estados-Nación. La ceguera voluntaria crece mucho en tiempos de derrota².

3. De la crisis del covid-19 al “momento Hamilton”: las armas de la crítica

El europeísmo dominante en el país tiene un fervor, una constancia y una terquedad digna de admiración. Es cierto que va en favor de la corriente, que los que mandan están con ellos y que cuentan con un aparato de propaganda de grandes dimensiones; sin embargo, asombra su activismo, aun cuando los hechos no lo corroboren; su continua búsqueda de nuevas consignas y, hay que subrayarlo, de enemigos que hagan aceptable un proyecto que vive y sigue viviendo una crisis existencial. El “otro” populismo europeísta funciona a toda vela, desde la denuncia inmisericorde del “nacionalismo populista”, la crítica a la izquierda supuestamente nostálgica del Estado-Nación y la descalificación de aquellos que se atreven a cuestionar el tipo de integración, sus políticas y el modelo de toma de decisiones.

No hay política sin retórica; después de los acuerdos de la Comisión sobre el programa de reconstrucción europea, lo que la tecnocracia europea llama *Next Generation UE*, la épica se

ha hecho carne y programa: Europa pasa a la ofensiva; Europa contraataca; Europa potencia; el eje Franco-alemán toma el mando. Esperaban una señal, una conjunción astral y esta llegó de la mano de Macron y de la señora Merkel: reconstrucción europea, 500 mil millones. Luego, (¡albricias!), la todopoderosa Presidenta de la Comisión, la también alemana Ursula von der Leyen, habló de 750 mil millones de euros. Este es el único camino, el de una UE que se pone de nuevo en marcha con ayudas directas, con solidaridad y sin “hombres de negro”.

Lo que me llena de emoción es eso del “momento Hamilton”. No hay que ser especialista en la historia de los EEUU para saber que Alexander Hamilton, persona singular, fue el más centralista, proteccionista y militarista de todos los padres fundadores de una república, que nació, es bueno recordarlo, imperialista desde sus inicios, unida de un destino manifiesto hegemónico y con vocación de gran potencia. Hamilton daba miedo a gentes tan significativas como Madison o Jefferson por su talante autoritario, por su desprecio del federalismo y su concepción plutocrática de la política. Hamilton, en muchos sentidos, puso los cimientos institucionales y políticos que llevarían a la Nación americana a ser una gran potencia, el que posibilitó el “golpe de timón” para pasar de confederación a una federación-Estado. Lo que se quiere decir es que la *Next Generation UE* es el inicio de este avance hacia unos Estados Unidos de Europa y que se hace con impulso hercúleo del eje franco-alemán. Una cosa a no olvidar, Hamilton fue el auténtico creador del moderno proteccionismo, el maestro de aquellos que se enfrentaron al libre comercio y que supieron que la condición para la industrialización es protegerse de las grandes potencias y dotarse de poderosos instrumentos para conseguir soberanía e independencia económica.

Comparar el “momento Hamilton” con el “momento Merkel” es algo más que una injusticia histórica, es una manipulación que oculta la realidad de lo acordado. Como se verá más adelante, las propuestas de recuperación económica y social que vienen de la Comisión (aún no aprobadas) poco o nada tienen que ver con el legado histórico del que fue una figura única en unos EEUU que se ponían en marcha para realizar su destino. El problema tendría que plantearse de otra forma: ¿las medidas que está tomando la UE están a la altura de los desafíos excepcionales que impone una pandemia inédita que va a dejar profundas huellas sociales, económicas y psicológicas? Creo que no; no solo porque son tardías, sino porque están muy lejos de las aspiraciones y necesidades de unas poblaciones que están viviendo un auténtico drama.

La primera cuestión tiene que ver con algo que se da por sabido, pero que hay que situar en el centro del debate. Japón, Gran Bretaña, EEUU no han tenido ningún problema en inyec-

tar una enorme cantidad de dinero en sus economías en muy poco tiempo. Eso lo podría haber hecho la UE y no ha sido así. Se dirá que los Tratados lo prohíben; es cierto, pero, de facto, hoy la UE vive un estado de excepción; las reglas básicas de los Tratados han sido suspendidas y las medidas que se están tomando bordean su legalidad, cuando no la infringen. Como analizó William Mitchell³, la negativa a monetizar la deuda es estrictamente política e ideológica, nada tiene que ver con la ciencia económica. Se trata de controlar el gasto público e impedir la intervención del Estado. Obligar a las instituciones públicas a someterse al control de los mercados financieros sirve para neutralizar el conflicto social, imponer políticas neoliberales y devaluar la democracia como autogobierno de las poblaciones.

El factor tiempo es esencial. No es lo mismo la ayuda en el inicio de la pandemia que cuando esta comienza a ser controlada. Para ser eficaz, es decir, para evitar la destrucción del tejido productivo, la ruina de miles de pequeñas y medianas empresas y de las economías familiares, la ayuda tendría que haber sido inmediata. La estrategia de las instituciones y de Alemania ha sido ganar tiempo y tomar las decisiones, como ellos suelen decir, en frío, sin la presión de la necesidad. En muchos sentidos, el daño ya se ha hecho y es irreparable. Su consecuencia es que la crisis se ha agravado, las economías se han endeudado aún más y el margen de manobra para realizar políticas públicas se ha acortado mucho. El Banco Central Europeo está cumpliendo una labor positiva intentando controlar las primas de riesgo; eso sí, fortaleciendo el papel de la banca y de los grandes fondos de inversión que han podido ganar mucho dinero sin arriesgar nada. La economía política del rentista sigue siendo la dominante en esta fase del capitalismo depredador.



Felipe González en la firma del Tratado de adhesión.

4. Unión Europea: estado de excepción y desarrollo desigual. Las armas de la crítica

Todavía sigue el debate sobre la polémica sentencia del Tribunal Constitucional alemán en torno a la compra de deuda por parte del Banco Central Europeo. Los ataques han sido especialmente duros, no es casualidad, por parte de los mismos que hoy apoyan con entusiasmo las iniciativas de las instituciones europeas. En el fondo hay un problema jurídico-político que se elude sistemáticamente. Se puede plantear así: la transferencia de soberanía de los estados hacia la Unión Europea es de tal magnitud, de tal calado, las mutaciones que provoca en los distintos ordenamientos jurídicos-constitucionales son tan significativas, que hay que pregun-

tarse si no ha llegado el momento de convocar al que tiene el poder constituyente originario, el pueblo alemán. El Tribunal no se opone a que se plantee la posibilidad de construir un Estado supranacional, lo que rechaza es que se haga por la vía de los hechos, al margen de los mecanismos formales prescritos en la Ley Fundamental de la República. Las instituciones de la UE, especialmente el Tribunal de Justicia, llevan años trabajando precisamente para eludir el “momento democrático-

**A más Europa menos solidaridad de clase,
menos convergencia social y menos peso
del sindicalismo en todas partes.**

constituyente” presuponiendo que el ordenamiento jurídico es ya materialmente una constitución, singular, pero constitución de facto.

Mezclar democracia y proceso de integración es justamente lo que las élites europeístas quieren evitar a toda costa. La tarea es ardua pero exitosa: desmantelar el Estado social, limitar el control de los gobiernos democráticos sobre los grandes oligopolios financieros-empresariales, desmontar la “constitución del trabajo” y –es la clave– devaluar la democracia como autogobierno de las poblaciones y convertirla en un conjunto de procedimientos para seleccionar gobierno y clase política; es decir, transitar a democracias (neo)liberales, porque a los Estados Unidos de Europa nadie los espera y menos que nadie los Estados del núcleo hegemonizado por Alemania.

El gran problema de las propuestas del eje franco-alemán es que diseña un tipo recuperación desigual que profundiza las asimetrías entre el centro y la periferia, viola legalidad de la UE e instauro un verdadero Estado de excepción; es decir, suspende el derecho y asegura el dominio de los poderes de hecho. Pasó en el 2008 y vuelve a pasar ahora. No es este el lugar para analizar los cambios sustanciales que se están operando en la economía-mundo capitalista y la apertura de nuevo de un conflicto geopolítico de dimensiones sistémicas. Alemania y Francia viven dilemas estratégicos existenciales. Merkel quiere elu-

Alemania no tiene problemas en ceder en lo secundario para defender, ante todo, sus intereses nacionales.

Alemania sabe lo que se juega. No tiene problemas en ceder en lo secundario para defender, ante todo, sus intereses nacionales. Los tiene y nunca los olvida. En su centro: el ordoliberalismo entendido como posición política, mucho más que económica; que también. Alemania está definiendo su lugar en el mundo que viene. La UE es su reserva estratégica y, en parte, su mercado cautivo. Ganar tiempo y hacer gestos para preparar su estructura productiva económica y militar para un futuro de guerras económicas, conflictos geopolíticos y de crisis de liderazgos. El Estado de excepción significa para Alemania intervenir a fondo y sin límites en sus empresas, fortalecer su debilitado sistema financiero e invertir en las nuevas tecnologías del mañana. El capitalismo de Estado lo descubrieron ellos; las viejas relaciones entre monopolios, poder político y sindicatos siempre han estado ahí. Ahora, de nuevo, tiene tareas nacionales. Las famosas reglas del mercado único siempre le importaron poco y ahora menos que nunca.

El Estado alemán está interviniendo en la economía a lo grande. De los 1,95 billones de euros de ayudas públicas de emergencia aprobadas por la Comisión, el 52% van para la gran potencia germánica. La cifra es impresionante, sobre todo cuando se las compara con Francia: 17,5%; Italia:15,5% o España, 2,5%⁴. Según un estudio del conocido “think tank” europeo Bruegel las respuestas fiscales y financieras movilizadas por los Estados europeos también reflejan esa enorme desigualdad de partida. La respuesta presupuestaria inmediata de Alemania equivaldría al 10,1% de su PIB (ajuste sanitario, laboral y social), Francia el 2,4%, España el 1,1%, Italia el 0,9. Se podría continuar. Si seguimos con el informe de Bruegel veríamos también que el país de la señora Merkel ha aportado en aplazamientos de impuestos y tasas equivalentes el 14,6 % del PIB; si le añadimos inyecciones de liquidez y garantía financieras, el 27,2% del PIB, nos daremos cuenta del enorme esfuerzo que está realizando ese país, solo comparable a EEUU,

Gran Bretaña o Japón. La Unión Europea no está al nivel de las grandes potencias, Alemania sí. Este país entendió muy bien la significación histórica de Hamilton, ayudó a explicarla un conocido economista alemán que tuvo bastante que ver con la



dir escoger campo y Macron apenas si acierta a identificar qué es lo que está en juego en la partida. Nuestros timoneles dudan y Alemania, como Estado, no se lo puede permitir. No se lo puede permitir.

unidad alemana y su industrialización, nos referimos a Friedrich List.

Parto de los montes. La Next Generation UE es una propuesta que la Comisión lleva al Consejo del 19 de junio de un fondo excepcional y temporal –hay que subrayarlo– para la recuperación económico-social de la Unión que se añade al marco financiero plurianual 2021-2027⁵. Se trata, se dice, de 750.000 millones euros, lejos de la propuesta española (1,5 billones) y más lejos de la del Parlamento europeo (2 billones). La novedad más relevante es que de esos millones 500.000 serían subvenciones y 250.000 préstamos. Se dice que a España podrían corresponderle en torno a 140.000 millones, 77.000 en forma de subsidios y 63.000 de préstamos. Italia, la más beneficiada, recibiría 80.000 en subsidios y 90.000 en forma de préstamos. El periodo de ejecución sería del 2021-2024. En cifras globales, 35.000 millones anuales. Dos novedades de importancia: se alcanza el 2% sobre el PIB de presupuesto y la financiación se hará emitiendo bonos con garantía del presupuesto de la Unión. Este fondo se añade al reforzado marco financiero plurianual 2021-2027 de 1,1 billones de euros. La cuestión de la condicionalidad no viene al caso. Son programas decididos y



El rompecabezas de la UE está muy lejos de haberse solucionado.

ejecutados por la Comisión según criterios propios, ella decide y ella la ejecuta. Esta es la parte sustancial de la propuesta desarrollada en tres grandes pilares y por medio de iniciativas a ellos definidas.

No negaré que suponen cambios con respecto a criterios anteriores. Ahora bien, son claramente insuficientes y, antes ya se dijo, no atajan los graves problemas de los Estados y de las poblaciones a corto y a medio plazo. ¿Qué hubiese significado de verdad un “momento Hamilton” en circunstancias tan excepcionales como estas?: sumar todas las deudas de los Estados, crear un fondo con ellas y renegociar condiciones adecuadas para su futuro. Punto. Haría más, crearía un presupuesto de verdad (el 2% por ciento es ridículamente insuficiente) y emitiría deuda estatal en cantidades masivas (la deuda es un problema grave cuando es en moneda extranjera, como es el euro). No le temblaría el pulso en monetizar la deuda como han hecho los gobiernos de Japón, Gran Bretaña, EEUU y tantos otros. Neoliberales sí, pero no fanáticos. Resumiendo: 1) La propuesta debe ser aprobada por el Consejo Europeo, cosa no especialmente fácil. 2) La Comisión ha conseguido lo que quería, ganar tiempo para discutirla una vez que la pandemia empieza a ser controlada y obligar a los Estados a aceptar sus condiciones ante los graves problemas económico-sociales y, sobre todo, una deuda que ha crecido enormemente. 3) Hasta Enero los gobiernos no recibirán fondos de la Unión, agravando su situación financiera y presupuestaria.

Las cifras de las instituciones de la UE hay que tomarlas con cuidado; con frecuencia se confunden las informaciones con simple propaganda. Si siempre hay que ir a la letra pequeña, en este caso es obligatorio. Una sana incredulidad ayuda mucho. Thomas Fazi, periodista y economista de nivel, ha llamado la atención sobre un dato significativo. Comentando las cantidades asignadas a Italia –172 mil millones de euros– comprobó que las cifras de la Comisión eran diferentes, 153.000 mil millones. Cuando se descuenta la contribución italiana al presupuesto, la cantidad es sensiblemente menor: 56,7 mil millones de euros. Igualmente pasa con las cantidades asignadas a España, que estarían en torno a 82,2 mil millones.

5. La Unión Europea y la OTAN: ¿garantes de nuestras libertades públicas y de nuestros derechos sociales? Las armas de la crítica

La crisis de la Unión Europea hay que situarla, insisto de nuevo, en los cambios que se están produciendo en la economía-mundo capitalista caracterizados por tres hechos, a mi juicio, fundamentales. En primer lugar, la gran transición geopolítica definida como el paso de un mundo unipolar a un mundo multipolar. En su centro, una enorme redistribución del poder y una lucha frontal por la hegemonía entre EEUU y China. Esto va a marcar toda una época histórica. En segundo

lugar, la crisis de la globalización capitalista en sentido estricto y, más allá, la de un capitalismo en decadencia. En tercer lugar, el agravamiento de la crisis ecológico-social del planeta, del metabolismo de la sociedad y la naturaleza que, como muestra el Covid-19, se rompe por su lado más complejo, la cadena alimentaria. Habría una cuarta, en mi opinión la más radical: Occidente y su modernidad está dejando de ser la geocultura dominante. 500 años en cuestión.

Este mundo que cambia sitúa a la UE ante dilemas que no es capaz de afrontar. La crisis que hoy vive lo expresa con toda claridad. La hipótesis que defiende es que el “momento Merkel” no solo no significa una salida de la crisis, sino que es expresión de su agravamiento. Solo desde un prejuicio arraigado se puede pensar que las medidas tomadas por las instituciones europeas van en el camino de unos Estados Unidos europeos o algo parecido. Alemania, que es el hegemon de la UE, está definiendo su futuro geopolítico en un mundo cambiante. Sometida a una fuerte presión, ha cedido en cuestiones no fundamentales y ha apostado decididamente por sus intereses nacionales, que no son otra cosa que aprovechar la pandemia para una reestructuración radical del modelo productivo y su (re)inserción en la economía internacional.

El ciclo Merkel se está acabando y, con él, toda una época histórica. ¿Qué relaciones va a mantener Alemania con EEUU? ¿Va a seguir siendo el aliado fiel y convertirse en un instrumento de EEUU en su pugna contra China? ¿Sus relaciones con Rusia van a seguir determinadas por su pertenencia a la OTAN y su alianza con los países de Visegrado? Todo esto está abierto. Lo fundamental, ¿esta UE, con Alemania mandando, va a jugar un papel autónomo y diferenciado en esta transición geopolítica que estamos viviendo?

Estas preguntas son pertinentes y nos sitúan ante los problemas existenciales de una UE sometida a desafíos de grandes



Occidente y su modernidad está dejando de ser la geocultura dominante.

dimensiones. La política del “bloque de poder” en España ha consistido en insertarse al precio que sea –es el consenso básico de la transición– en una Unión Europea en construcción. No importa que este tipo de integración nos convierta en una periferia económica dependiente y políticamente subalterna.

Los cuatro grandes actores de la política española están, de una u otra forma, en este proyecto; es decir, las derechas, el Partido Socialista, los nacionalistas y los sindicatos. Unidas Podemos sigue soñando que esta Europa neoliberal puede ser transformada y con-

vertida en un espacio de derechos sociales, de libertades y de desarrollo económico integrador y justo.

A estas alturas, entiendo bien a aquellos que, muchas veces dramáticamente, expresan una posición que viene a decir lo siguiente: solo Europa nos salvará de nosotros mismos, de nuestras contradicciones sociales básicas, de nuestra oligarquía, del golpismo. Después de Vox, esto se ha acentuado mucho. Gentes respetables, críticas históricamente con la UE, la defienden como un mal menor. Esta Europa no les gusta; la idea de una España soberana e independiente la ven como algo problemático y negativo en las condiciones actuales.

Niego la mayor. Mi interpretación es diferente. Lo diré con claridad: este tipo de integración europea (la UE) debilita estructuralmente nuestras democracias, limita nuestro débil Estado social, desestabiliza las relaciones laborales, “la



Bansky

Constitución del trabajo” y neutraliza el conflicto social que ha sido el verdadero motor de las libertades y los derechos. Se habla mucho de “democracias iliberales”, de “democracias autoritarias”, “democracias recitativas” y, evidentemente, de los peligros de los populismos de derechas. ¿Tiene algo que ver este tipo de construcción europea con la presencia, cada vez más fuerte, de derechas extremas y de extremas derechas? ¿Tiene algo que ver esta Europa con un tipo específico de relación entre política y sociedad, entre economía y Estado, que crea las condiciones objetivas y, en parte, subjetivas, para el renacimiento de neofascismos más o menos explícitos?

Las respuestas a estos interrogantes suelen ser variantes de un contrafáctico: solos estaríamos peor y punto. A partir de aquí, se enhebra un discurso interminable que justifica cesiones, sacrificios y derechos. Se puede entender que aquellas personas o colectivos que creen en la economía capitalista, en el Estado mínimo, en la autorregulación de los mercados, en la necesidad de limitar soberanía popular y frenar la democracia social, en constitucionalizar las políticas neoliberales, etc. etc. apuesten decididamente por esta UE, la deifiquen y la conviertan en el horizonte insuperable de nuestra época. Lo que es difícil de entender es que socialdemócratas, gentes de izquierdas, socialistas y hasta comunistas sigan defendiéndola y, en momentos en los que vivimos, se conviertan en apologetas de la misma. No nos engañemos, lo que este tipo de integración europea impide es el reformismo en cualquiera de sus versiones, las políticas económicas democráticas y el constitucionalismo social. Si lo sabemos ¿por qué callar? ¿por qué engañar-

nos y engañar? Esto solamente puede producir autoritarismo social e involución política.

Imaginemos –hagamos el esfuerzo, por favor– que en los próximo 10 años no existan los Estados Unidos de Europa; imaginemos que las políticas neoliberales dominantes se perpetúan más allá del “momento Merkel”; imaginemos que los Estados-Nación siguen existiendo; imaginemos que las sociedades se fracturan, crecen las desigualdades y la precariedad se profundiza; imaginemos que las nuevas generaciones pierden conexión con el futuro y son obligadas a convivir en condiciones sociales basadas en la explotación y la inseguridad; imaginemos la necesidad de un servicio público sanitario potente y justo. ¿Qué proyecto de país para un escenario como este?

Las derechas españolas van a este desafío a la ofensiva y sin complejos. Han conseguido convertir esta constitución en su constitución; los símbolos patrios, incluida la bandera, es suya. La monarquía es también suya, junto con las fuerzas armadas y de seguridad. No tienen problemas, al contrario, con las políticas de austeridad y con los recortes sociales y laborales. Unir su futuro a una gran Alemania es un viejo sueño común con nacionalistas vascos y catalanes. La nación española es suya; seguirán defendiendo el “nacionalismo español” frente a la UE o los “otros” nacionalismos, nada les cuesta. Han optado por la OTAN y la supeditación completa al “amigo americano”. La contrarrevolución preventiva les parece una opción adecuada y la limitación de las libertades, una necesidad frente a un “comunismo” que retorna en cada manifestación, en cada revuelta social.

Este tipo de integración intenta imponer, no lo ocultan, una norteamericanización de la vida pública europea; tiende a reforzar el poder judicial y reequilibrar a su favor las instituciones estatales; apuesta por una democracia procedimental que niegue los fundamentos del autogobierno del pueblo. La clave: desconectar democracia de soberanía. En definitiva, el modelo político que la UE impulsa, pretende romper con la democracia europea tal como la hemos conocido desde la II Guerra Mundial: un sistema político basado en el conflicto de clases, el Estado social, en derechos sindicales y laborales fuertes, en el gobierno democrático de la economía, empezando por las finanzas. “Más Europa” significa en este contexto transitar a sistemas políticos donde las plutocracias tengan todo el poder, los derechos sociales vayan desapareciendo; los partidos convirti-

dos en “cárteles” y la oposición en la otra cara del poder; el bipartidismo en la forma del poder y la política en el ejercicio subvencionado de los que viven de ella. “Poder de los jueces” y “autonomización” de determinadas instituciones del Estado empiezan a atisbarse en un mañana que ya está aquí. La pregunta es obligada: ¿Quién, qué fuerzas, está mejor situado en la coyuntura histórica? ¿Quién tiene una correlación política más favorable? Esta UE: ¿a quién fortalece? Dicho de otro modo: ¿El modelo económico y social neoliberal a quién beneficia? ¿Qué tipo de democracia, qué forma-Estado les corresponde a los países periféricos en el orden ordoliberal que se impone en la UE?

La idea de una España soberana e independiente la ven como algo problemático y negativo en las condiciones actuales.

proyecto nacional popular a la altura de los desafíos de la época. La construcción de un bloque político social alternativo no será fácil, nunca lo fue. La etapa que se abre sigue siendo de resistencia, acumulación de fuerzas y de insertarse activamente en el conflicto social. Esto significa también hacer política, aprovechar la coyuntura histórica para mejorar las condiciones de vida y de trabajo de las clases subalternas; defender enérgicamente los derechos y libertades y reforzar los servicios públicos que hoy cobran una importancia excepcional. Ahora, como antes, lo definitorio es tener un discurso veraz, un análisis realista de la correlación de fuerzas y defender principios claros, posibles, solventes y por serlos, revolucionarios.

Podemos darle todas las vueltas que queramos. Los problemas no podrán ser ya eludidos: los Estados-Nación existen y saldrán más fuertes de esta crisis. La globalización capitalista retrocede en todas partes. El mundo que hemos conocido está cambiando aceleradamente. La tendencia histórica va en dirección de guerras económicas especialmente duras, conflictos político-militares permanentes; crisis sociales prolongadas y mutaciones socio-ecológicas de magnitud desconocida. Los Estados tienen que ser transformados en el largo y sinuoso proceso de construcción del socialismo; siempre han sido necesarios pero insuficientes: hay que inventar nuevas formas de solidaridad y de internacionalismo. No tenemos tiempo ■

6. Para no terminar: la centralidad del proyecto nacional-popular. ¿Crítica de las armas?

Situar de nuevo el eje izquierda derecha como fundamental dice ya poco. Hasta cierto punto, confunde más que aclara. El signo de los tiempos es que toda la terminología que ha venido usando el movimiento obrero organizado se ha vuelto problemática y obliga a un penoso esfuerzo de definición. Lo que intento decir desde hace mucho tiempo es que, o hay un reencuentro de las fuerzas democrático-socialistas con la realidad histórico social de España o seremos derrotados de nuevo. Una fuerza es grande cuando es capaz de impulsar un

Notas

1. Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón. “Riesgos colaterales de la Constitución Europea” Publicaciones de la Universidad de Oviedo 2005. También “El síndrome de Vichy”. *El País*. 10 de junio 1997. Para una visión profunda y de largo plazo sigue siendo aconsejable el libro *1914-2014* de Jean Pierre Chevènement, editado por El Viejo Topo en 2014. *La Scomparsa della Sinistra in Europa* de Barba/Pivetti ofrece un panorama sobre los avatares de las izquierdas desde un punto de vista no muy usual: la política económica. Editado por Imprimatur en 2016 en Reggio Emilia. Italia.
2. Sobre la Europa Social conviene leer el artículo de Cédric Durand. “¿Puede la clase obrera tener un proyecto europeo?”. *Viento Sur*. Número 159; agosto 2018. Wolfgang Streeck. “Regresión Progresiva”. *New Left Review* número 118. Sept/Oct 2019.
3. Sobre estas cuestiones el libro de William Mitchell *La Distopía del Euro*, Lola Books, Berlín 2016, ayuda mucho a entender cuestiones complejas y, veces, oscuras. *La jaula del euro* de Dominic Moro y *La Moneda del Pueblo* de Stuart Medina, editados por El Viejo Topo en 2018 y 2017 respectivamente, ofrecen instrumentos útiles para comprender cuestiones que están pensadas para que las entiendan solo unos pocos.
4. Eliseo Olivares. “El riesgo de una recuperación desigual”. *El Periódico*. Barcelona. Sobre centro y periferia en la UE es fundamental el libro *La crisis de la Eurozona* de un colectivo de autores italianos. Editorial RBA, Barcelona 2018. Al que habría que añadir el trabajo de Lapavistas/Flassbeck *Contra la Troika*, Akal 2015, Madrid.
5. Sobre estas cuestiones me he basado en artículos recientes de Juan Francisco Martín Seco y Juan Torres. Como se suele decir, la responsabilidad de los errores es solo mía.